

Feijoo y los hombres-pep: Monstruos, nadadores, eruditos y otros pejes de las letras españolas

LUIS PÉREZ OCHANDO

Luis Pérez Ochando es licenciado en Comunicación Audiovisual por la Universitat de València. Fundador de la revista L'Atalante, es responsable del Aula de Cinema de la Universitat de València y prepara su tesis doctoral.

Para Malena

No tuvo Feijoo (1676-1764) duendes o fantasmas que le asustaran en la noche, pero tampoco delfines o nereidas que en su infancia le llevaran a torres y palacios sumergidos, a ínsulas extrañas y costas imaginarias. No tuvo Feijoo delfines o nereidas, pero en cambio, debió nadar con ellos en las páginas de Plinio y las historias de Pedro Mexía. Niño curioso y aplicado, creció rodeado de libros y tertulias eruditas en las que bien podía hablarse de los modernos descubrimientos o de los saberes antiguos. Tal vez en alguna de aquellas charlas escuchase lo que cuenta Plinio el Viejo, en su *Historia natural* (IX, 25), sobre las amistades de un delfín con un muchacho. En su camino a la escuela, el muchacho lanzaba migas al agua y exclamaba a grandes voces ¡Simo!, ¡Simo! (¡Chato!, ¡Chato!). El animal acudía presto, lo subía a su lomo y lo llevaba entonces, *a través del ancho mar*, hasta la escuela de Putéolos. Pero, según recoge Plinio, *muerto el niño de pronto por una enfermedad, merodeando una y otra vez por el lugar acostumbrado, triste y como abatido, él también murió de añoranza, cosa que nadie puso en duda.*

LARGAS TARDES EN SAMOS. No hubo en cambio delfines que acompañaran o lloraran al niño Feijoo cuando, tal como anota D. Joaquín Ibarra, uno de sus biógrafos, *renunció al siglo a los 14 años, pues en el de 1688 recibió la Cogulla de S. Benito en el Monasterio de S. Julián de Samos* (*Teatro*, I, reimpresión de 1778). Así fue como el pequeño Fray Benito, que nunca aprendió a nadar, se retiró al destierro de las celdas, al exilio de los claustros. Debieron ser largas las tardes de Samos, tardes de estudio y rezos. En la dedicatoria del tomo tercero del *Teatro*

Crítico Universal, Feijoo rememora aquellos días: *Tan recogido, tan estrecho, tan sepultado está ese Monasterio entre cuatro elevados montes, que por todas partes no sólo le cierran, mas le oprimen, que sólo es visto de las estrellas, cuando las logra verticales... porque cerrado por todas partes el Horizonte, faltan objetos donde se disipe el espíritu. Sólo hacia el Cielo tiene la vista desahogo; y así se lleva todas las atenciones el Cielo.*

Pero hay historias de sirenas que comienzan tierra adentro, lejos de las olas. Y acaso mienta u olvide el benedictino, cuando afirma que no tuvo más ventana que los libros ni más océano que el firmamento. Probablemente, ni el Cielo ni la metafísica se llevaran toda su atención; en cambio, debió fascinarle cada hoja, cada planta, cada hormiga, cada piedra. Lejos de los éxtasis barrocos y las místicas exaltaciones, Feijoo aprendió a admirar a Dios a través del estudio de su Obra, la Naturaleza: *Es así que en la más humilde planta, en el más vil insecto, en el peñasco más rudo se ven los rasgos de una mano omnipotente y de una sabiduría infinita.* (*Teatro*, V, XI, 34).

Aún así, debieron ser largas las tardes en Samos, largas como aburridas sus clases y sus discusiones escolásticas. Cercano a su vejez, recibe en su celda la visita de Don Juan de Elgar, anatómico francés, que realiza ante él la disección de un corazón de carnero. Deslumbrado ante tanta maravilla, el monje lamenta el atraso de la ciencia en España; mientras los extranjeros desentranan los secretos de la vida, Feijoo deplora que *nosotros, los que nos llamamos Aristotélicos, nos quebramos las cabezas, y hundimos a gritos las Aulas, sobre si el Ente es unívoco, o análogo; si trasciende las diferencias; si la relación se distingue del fundamento, &c* (*Cartas*, II, XVI, 14).

Por ello, desde joven, percatándose *del poco o ningún*

progreso que en el examen de las cosas naturales hizo la razón desasistida de la experiencia por el espacio de tantos siglos (Teatro, V, XI, 10), abrazó un método experimental al que siempre le sobró ingenuidad y le faltaron medios. Ya siendo estudiante, debió comenzar sus cándidos experimentos para refutar errores comunes y supersticiones. Así, por aquel entonces, escrutaba las líneas de la mano de sus compañeros para poder negar, años después, que en ellas se inscribe la impronta del destino.

Sin embargo, las palabras traicionan al monje; además de la ciencia, nunca dejaron de interesarle los prodigios: *en un Libro manuscrito, que trataba de estas boberías, leí un tiempo, que si la estrella está en la yema del pulgar, significa muerte de horca* (Teatro, II, III, 17). Sin duda, no bastaron al joven Fray Benito las plantas y hormigas para llenar las largas tardes de Samos. Y aparte de la angosta ventana de su celda —que en invierno se escarchaba por dentro—, a menudo debió asomarse a las misceláneas medievales y los pliegos volantineros. Monstruos, prodigios y peregrinos sucesos debieron espolear la imaginación del mismo joven que, después de tantos años, consagró su vida a exterminar tanta patraña y falsa milagrería. Porque, si bien jamás creyó en horóscopos y augurios, siempre tuvo claro su sino y su objetivo: *Mi destino es desterrar errores comunes (Justa repulsa de inicuas acusaciones)*.

Pero a Samos, aislado entre las peñas, apenas llegaba algo del eco de comadres, mercados y tabernas. Retirado del mundo y su alboroto, difícilmente podía Feijoo conocer otros errores que los leídos en los libros antiguos. De hecho, según Pérez-Rioja (1965: 116), a veces... *combatía supersticiones que sólo existían en libros, mas no en la realidad. Porque de muchas no tenía un conocimiento directo, sino puramente libresco*.

Fue por tanto Feijoo un Sísifo jardinero, que dedicó su juventud a plantar de maravillas un jardín secreto para hacerlo después pasto de las llamas. Pero en medio de este jardín secreto hubo también cuatro sirenas rescatadas de la hoguera. En medio del claustro de Samos se yergue una fuente con cuatro nereidas que, aún tan lejos del océano, siguen encantando a monjes y marinos de las letras. Según imagina Gregorio Marañón (1941: 244), fueron ellas quienes *debieron herir y obsesionar la mente del joven fraile en sus paseos por el claustro y crear en el fondo de su conciencia el mito de la mujer marina*. De este modo, hechizado por la sirena, no le tembló el pulso al escribir: *En los Tritones, y Nereidas hay poquísimos que purgar de fábula a la verdad. Cuales nos los pintan los antiguos poetas, tales se hallan en los mares*. (Teatro, VI, VII, 30).

EJÉRCITOS DEL ABISMO Y LAS MAREAS. Hoy las olas traen conchas y medusas, delfines y ballenas muertas; pero dice Plinio que con la bajamar y la tormenta embarrancan también elefantes y carneros... y, desde luego, muchas nereidas (Historia, IX, 10). Sucede raramente, pero también con la pleamar caen las sirenas en la red del pescador; desde ella, junto al barbo y el pez luna, tejen los mares de susurros y lamentos.

Son muchas las leyendas de sirenas capturadas y obligadas a vivir tierra adentro, lejos de las olas, y, a menudo, también a desposarse —dicen los cuentos que para ello basta con hurtarles el peine o el espejo. Incluso hubo una sirena, capturada en Irlanda del Norte en el año 558, que

sería canonizada como Santa Murgén. Dicen las crónicas que tuvo cola de salmón y ejecutó los milagros más diversos. Pero a Feijoo no le interesan el folclore o las leyendas; bucea, en cambio, por los pliegos y los libros a la caza de casos auténticos.

No debió fatigarse mucho en tal empeño, pues en aquella época redundaba la bibliografía en torno a las sirenas. De entre los muchos ejemplos, Feijoo selecciona los más recientes, por juzgar la novedad como un criterio irrefutable. Así, nos habla de un tritón avistado por dos franceses y cuatro negros en un islote cercano a la Martinica, en 1671: *Tenía desde la cintura arriba perfecta figura de hombre, la talla del tamaño de un muchacho de quince años..., la nariz muy roma: cara, cuello y cuerpo, medianamente blancos, y el cutis al parecer delicado. La parte inferior, que se veía entre dos aguas, era de pez, y terminaba en una cola ancha y henchida* (Teatro, VI, VII, 31).

Pero no todos los hombres marinos tienen cola de pescado. En Manar, cerca de Ceilán, fueron capturados de una redada siete hombres y nueve mujeres; sometidos a examen anatómico resultaron en todo semejantes al ser humano. Más notable, si cabe, es el caso *del hombre marino visto en Brest el año 1725: Era perfectamente proporcionado y sus manos en todo semejantes a los nuestros, salvo que entre los dedos de manos, y pies tenía una especie de aletas al modo de las ánades...viendo la figura, que había en la proa del bajel, que era imagen de una mujer hermosa, después de contemplarla, suspenso un rato, se abalanzó fuera del agua en ademán de querer asirla* (Teatro, VI, VII, 33). Y es que Feijoo —qué duda cabe— gozaba ofreciendo al lector los más peregrinos sucesos.

Pero hubo quien precedió a Feijoo en este placer por lo insólito, en esta pesquisa libresco. En su *Jardín de flores curiosas* (1570), Antonio de Torquemada dejó también un remanso para tritones y nereidas. Apenas sabemos de su vida más que de joven recorrió tierras hispanas e italianas, y que se retiró el resto de sus días como secretario del conde de Benavente. Debieron ser amenas las tardes en la finca —tardes de coloquios y lecturas—, tanto que entre libros extraños y paseos no le quedó tiempo para mantener correspondencia o relacionarse con la cultura de la época. En distintos pasajes, Torquemada sitúa sus coloquios en el apacible entorno del castillo del Conde, a la fresca orilla del arroyo, en las viñas verdes y enramadas o a la sombra de rosales y jazmines. La naturaleza es aquí jardín de deleite, recreo para los caballeros que la contemplan o aprenden sus ocultos secretos.

Pero si Feijoo pugna por iluminar las zonas en penumbra, Torquemada en cambio pertenece a un tiempo en que, según Giovanni Allegra (1982: 24), conforme se amplía el mapa del saber y se acota la *provincia de lo maravilloso, se acentúa en personalidades como las de Torquemada una curiosidad enamorada hacia un universo todavía desconocido y el interés en hacer resaltar precisamente los aspectos más llamativos e inusitados en él*. Así, Don Antonio recoge los casos más extraordinarios por el mero hecho de ser extraños y grotescos; y por su obra desfilan brujas y demonios, sátiros, centauros, sanadores, duendes, monstruos, gigantes y partos prodigiosos, de 366 hijos.

La Naturaleza toda está habitada de portentos, y a él le place regalarnos con ellos. Por esto, no le importa buscar en la Etiopía o en el fondo del océano para dar con las rarezas más descabelladas. Y es así como describe un

Con el tiempo, Francisco fue perdiendo las escamas de la espalda y el pecho, quedándole la piel muy áspera. Tras años de alta mar, el nadador tan sólo recordaba las voces pan, tabaco y vino, las cuales pronunciaba sin cuento y sin motivo.

mar profuso en peces monstruosos, pero también en tritones y nereidas. Según escribe, abunda el mar septentrional en cuadrillas de hombres marinos, tan curiosos por naturaleza que *ha acaecido entrar algunos de ellos en las naos, y estar tan embebecidos y descuidados mirando, que, algunas veces los han prendido; los cuales, en viéndose presos, dan gemidos dolorosos y grandes y unas voces mal formadas, y a la hora, se oyen una infinidad de otros gritos y voces de la misma manera que atruenan y ensordecen los oídos que los están escuchando* (Jardín, I, 150).

Para Don Antonio, erudito y curioso infatigable, también son los tritones seres inquisitivos, dados a indagar y preguntarse por los hombres y sus barcos, lo que le pone en sospecha de que acaso *tengan algún uso de razón más que los otros pescados* (Jardín, I, 151). Sin embargo, aunque peces antropomorfos, no dejan de ser peces, carentes de locución y, por tanto, también de espíritu. Es por ello por lo que, en el Río de Tachni, en el extremo del Imperio Rusiano, los pescadores devoran cuantos hombres-pez caen en sus redes sin más remordimiento que el de asarse un buen salmón. Tal lo asegura Pedro Petoivitz, quien añade que *la carne de estos animales es sumamente suave al gusto* (Teatro, VI, VII, adición, 2).

Sin embargo, para Feijoo —que añade esta última noticia para agradar a sus lectores— los tritones son algo más que meros pejes, participan de la naturaleza humana de la cual provienen. Como racionalista, habrá de buscar una explicación al mito que, al mismo tiempo, no contradiga el dogma de la Iglesia.

NOTICIA DE UN PEREGRINO SUCESO DE ESTOS TIEMPOS.
Extraño tropiezo el de Feijoo con las sirenas, extraño extravío el de quien, con suma perspicacia, supo dilucidar tantas supersticiones. En 1782, apenas dieciocho años tras su muerte, hallamos ya un pliego en que, con toda naturalidad, se da racional explicación a las sirenas. Con motivo del *phoca* capturado en Cullera, D. Joseph y Thomas de Orga comenta: *Esta es aquella bestia marina sobre cuyo modelo inventó la imaginación de los Poetas los Tritones, las Sirenas, y Dioses marinos con cabeza humana, cuerpo de cuadrúpedo, y cola de pez*. Aunque quizás, esta reflexión no sería posible si Feijoo no hubiera abierto antes un camino a la ciencia moderna en España.

Pero hubo en 1679 otra insólita captura en alta mar, esta vez en costas gaditanas. De no haber recibido cabal noticia de ella, posiblemente Fray Benito no hubiera afirmado con tanta certeza la existencia de sirenas. Sólo tras haber requerido y contrastado información de diversas fuentes, nos cuenta la historia del anfibio de Liérganes.

Hicieron falta redes y paciencia, pero al final, lanzando panes al agua, unos pescadores del mar de Cádiz consiguieron cazar al escurridizo nadante y conducirlo al convento de San Francisco. Exorcizado e interrogado en diversas lenguas, el anfibio permaneció mudo hasta que, inesperadamente, acertó a croar la palabra *Liérganes*, provincia de Cantabria. D. Domingo de Cantolla, Secretario de la Suprema Inquisición y natural de aquella tierra, inquirió entonces qué pudo haber sucedido en Liérganes

que lo relacionase con Cádiz. Pero lo único notable acaecido por aquellos lares había sido la desaparición, cinco años atrás, del muchacho liérganés Francisco de la Vega, a quien se perdió de vista mientras nadaba en la Ría de Bilbao, dejando olvidadas sus ropas en la orilla.

Andaba en aquel tiempo por el convento de San Francisco, un tal Fray Juan Rosende. Obedeciendo a una sospecha, el monje resolvió llevar consigo al joven hasta Liérganes. Allí, dejó que el anfibio lo guiase, éste se encaminó pronto hacia el domicilio de María del Casar, madre del desaparecido, *la que inmediatamente que le vio, le conoció, y abrazó, diciendo: Este es mi hijo Francisco, que perdí en Bilbao... pero el expresado Francisco ninguna novedad, ni demostración hizo más que si fuera un tronco* (Teatro, VI, VIII, 6).

Con el tiempo, Francisco fue perdiendo las escamas de la espalda y el pecho, quedándole la piel muy áspera. Tras años de alta mar, el nadador tan sólo recordaba las *voces pan, tabaco y vino*, las cuales pronunciaba sin cuento y sin motivo. Si le daban de comer, comía; si de fumar, fumaba; si de vestir, vestía; incluso obedecía a recados sencillos. El resto del tiempo permanecía absorto en su mutismo, acaso añorando los delfines y nereidas que en su infancia le llevaran a torres y palacios sumergidos, a ínsulas extrañas y costas imaginarias. Lástima que el nadante perdiera la razón, la voz y la memoria, pues *¡Cuántas cosas, ignoradas hasta ahora de todos los Naturalistas, pertenecientes a la errante República de los Peces, podríamos saber por él!* (Teatro, VI, VIII, 17).

Aún así, el caso del nadante sirve a Feijoo como palmaria prueba de la existencia de hombres marinos. A partir de él, racionaliza cuanto pueda haber de fantástico en la historia del anfibio. Según Mexía, para ser gran nadador bastaba con haber nacido bajo Piscis, o con tener pequeño el bazo (*Silva*, I, XXIII). En cambio, para el monje científico, todo es cuestión de persistencia: del cuerpo bajo el mar, de las olas sobre el cuerpo. Y basta la paciencia para vivir tan sólo de pescado; y basta, para poder vivir sin respirar, refrigerando la sangre sólo con el agua, sin ayuda de pulmones; y basta, para vivir sin sueño, a merced del oleaje, o acaso durmiendo en el lecho del océano. De todas estas dificultades, despliega Fray Benito mil causas, ejemplos y razones.

Años después, Marañón racionaliza de nuevo el caso del anfibio: *Sin duda el joven nadador, de inteligencia limitada...y de instintos errabundos, desapareció en Bilbao, no nadando, sino por los caminos de Dios o acaso a bordo de algún barco, yendo a parar a Cádiz, donde pudieron encontrarle bañándose los pescadores* (1941: 250). Una lesión en la tiroides le habría ocasionado ictiosis y cretinismo, causas, a su vez, de la piel escamosa y el retraso mental.

Pero en Fray Benito persiste un resquicio de fantasía, un remanso en que navegan tritones, nadantes y nereidas. Y sin embargo, el anfibio de *Liérganes* no pertenece al linaje de los tritones sino al de los nadadores, hombres capaces de contener la respiración durante horas o de adelantar a braza los más raudos bajeles.

Es ésta la condena por penetrar en el abismo, por cabalgar en las mareas, por desafiar a lo desconocido: perder el habla y trato humano, el nombre, el rostro y la vida misma en las fauces de las bestias acuátiles. Porque, más que hombre, Nicolao es nexa entre la tierra y el misterio.

EL MÁGICO ITINERARIO DEL PEJE NICOLAO. Fue también en costa gaditana, donde Plinio sitúa a *un hombre-peze con un parecido perfecto al hombre en todo su cuerpo; afirma que se subía a las naves a horas nocturnas e inmediatamente sobrecargaba de peso el lado en que se sentaba, y si permanecía mucho tiempo, incluso las hundía* (Historia, IX, 10). A pesar de su carácter taciturno y sobrenatural, el anfibio gaditano es directo antecedente de la estirpe de los nadantes. El más famoso de ellos es sin duda el Pesce Cola, o Pece Colán, o Peje Nicolao o Pez Nicolás, cuyas aventuras reaparecen aquí y allá, a lo largo del Mediterráneo; tanto es así que, según Pedro Mexía, *Desde que me sé acordar, siempre oí contar a viejas no sé qué cuentos y consejas de un peje Nicolao, que era hombre y andaba en el mar* (Silva, I, XXIII).

Pero la *Silva de varia lección* (1540), obra cumbre de Mexía, no es otro centón fabuloso que recoja maravillas y portentos. Aunque su autor reconoce que *no querría escribir cosas muy comunes, sino que sean curiosas y que no fácilmente se alcançassen por todos* (Silva, IV, V), la obra intenta instruir y entretener sin haber de recurrir a la invención de monstruos e increíbles aventuras. Mexía proyectó una miscelánea culta y erudita, compendio del saber moderno y antiguo; sin embargo, no logra evitar que en ella se cuele intrusos de la fantasía y otras quimeras que *si yo las oyera de hombres de poca autoridad las tendría por vanidad y mentira* (Silva, I, XXIII).

Del humanista Alexandro de Alexandro, toma Mexía la historia del nadador de Catania (Sicilia). Acostumbrado desde niño a andar siempre nadando, llegó Nicolao a tanto extremo, *quel día que no estava lo más dél en el agua, decía que sentía tanta pasión y tanta pena que no pensava poder vivir*. Así se convirtió en gran nadador, alcanzaba los barcos a nado y llevaba noticias de ellos a los puertos. Enterado de sus hazañas, el rey Alonso de Nápoles, organizó un concurso de buzos y nadantes: tras arrojar al abismo una copa de oro, la prometió como premio al primero que la rescatara. Pero Nicolao no volvió a la superficie: *Créese que él se entró en alguna concavidad de las peñas de aquella mar, que hay en el fondo dél, y fue tal que no pudo salir y murió allí* (Silva, I, XXIII).

Mexía, con sus 31 ediciones de la *Silva* en castellano, ayudó a difundir la fama del Pesce Cola. Sin embargo, el nadante es genuino producto del folclore popular. Julio Caro Baroja (1990) rastreó los fenómenos de actualización y relocalización de esta leyenda. En Italia, sobre todo la Italia meridional, ha habido la creencia en la existencia de un personaje humano que por circunstancias distintas abandona la familia, abandona la tierra, se sumerge en el mar y vive en forma de pez. *Este italiano se llama el Pesce Cola*. Según Caro Baroja, la primera noticia se remonta al reinado de Guillermo II de Sicilia (1166-1189) y posteriormente, reaparece vivo en el 1239, esta vez en Nápoles.

Sin embargo, bajo otros nombres y lugares, es posible hallar precedentes mucho más antiguos. Como afirma Mexía: *Los historiadores todos escriben maravillas de un nadador llamado Delio, tanto que se traía por refrán: Delio nadador* (Silva, I, XXIII). E incluso antes de la historia, en

la noche de los mitos, Anfítrite, diosa de los mares, ayudó a Teseo a recuperar el anillo que el rey Minos había arrojado a las profundidades. En la propia leyenda del Peje abundan elementos míticos: en el siglo XII, Walter Mapes le confiere el poder divinador de los tritones (aunque sólo sobre las tormentas) y Jovianus Pontanus, en el XV, apunta que *recibió el nombre de pez, porque no sólo había abandonado las costumbres de los hombres, sino casi también su rostro; era lívido, escamoso, horrible*.

Es ésta la condena por penetrar en el abismo, por cabalgar en las mareas, por desafiar a lo desconocido: perder el habla y trato humano, el nombre, el rostro y la vida misma en las fauces de las bestias acuátiles. Porque, más que hombre, Nicolao es nexa entre la tierra y el misterio. En su *Relación de cómo el peze Nicolao se ha aparecido de nuevo en el mar...* (Barcelona, 1608), Sebastián de Comellas refiere cómo el hombre-peze arriba a un mundo secreto, vedado a los mortales. Según este pliego, tras más de cien años explorando una gruta submarina en Rota, Nicolao descubre un mar nunca navegado que se extiende hasta orillas del Jordán; en él los peces no se devoran entre sí ni llegan nunca a envejecer. Pero este viaje iniciático conlleva el repudio de los hombres, la condena de los dioses. Así, según el mismo pliego, Nicolao —oriundo de Rota— quedó convertido en pescado espantoso a resultas de la maldición de su padre, harto de que el niño se bañase sin cesar.

Pero es la furia de los dioses más terrible que todas las maldiciones. Y así, en el torbellino de Caribdis, Fray Benito convierte al Ícaro del abismo en víctima de Neptuno; según la versión de Feijoo, Nicolao encuentra la muerte en un laberinto de cavernas habitado por monstruos abisales. Lo más extraño es que el erudito no se percatara de que el anfibio de Liérganes es en realidad una actualización del peje Nicolao, una prolongación de aquel itinerario mágico que lleva al hombre a fundirse con el océano inmenso, con el gran desconocido.

Hechizado por la sirena, pasó por alto el pequeño apunte que debió ponerle sobre aviso: Francisco de la Vega se tornó anfibio a causa de una maldición materna. Jesús Callejo (1995: 109-115) subraya esta circunstancia como motivo recurrente en las historias de sirenas cántabras y astures. Hastiada de ver a la hija jugando en la costa, la madre exclama: *Em peixe sejas tu feita...!*, y la muchacha trueca entonces sus piernas por cola de sirena. Del mismo modo, según Caro Baroja (1974: 133-144) el anfibio de Liérganes *debe proceder de un ciclo de narraciones en las que se quiere expresar cuán peligroso es exponerse a las maldiciones o el quebrantar una prohibición...* Pero no es sólo la madre quien maldice, sino también los dioses que nos prohíben tomar del árbol de la ciencia o beber de los mares de lo desconocido.

TRISTE SIRENA EN LAS REDES DEL FILÓSOFO. Todo cuento de sirenas es historia de amor y melancolía, es nostalgia de la inmensidad y amor por lo desconocido, por todo cuanto queda siempre más allá de la mirada. Desde su maldición de piedra, las nereidas del claustro siguen año

rando las olas y las mareas. Feijoo acerca el oído a su seno de piedra y oye latir dentro el canto del albatros, el rumor del oleaje, acaso también el lamento de la sirena varada en tierra. Recuerda Teodoro de Gaza —y a su vez Pedro Mexía (*Silva*, I, XXIV)— que *habiendo pasado una muy grande tormenta y tempestad estraña, la mar echó a la costa alguna cantidad de peces, y entre ellos vio un pece o nereida, de rostro perfectamente humano, de mujer muy hermosa, y así lo parecía hasta la cintura, y de ahí abajo fenecía en cola como de langosta... La cual estaba en la arena, viva y mostrando grande pena y tristeza en su gesto.*

Ni ésta, ni Santa Murgén, ni los tritones de Torquemada, perdieron nunca su añoranza de las aguas. Como tampoco la perdieron nunca las nereidas del claustro o el propio Fray Benito, amante siempre de lo desconocido, de los misterios que esconde cada hoja, cada piedra, cada ola del mar. Pero Feijoo es ya un anciano y ha quemado cuanto había en su jardín secreto, y ni siquiera cita a Mexía o Torquemada; de nada les sirvió a éstos llenar las largas tardes de Samos, también acabaron siendo índices de error y superchería.

Y sin embargo, después de tantos años, Feijoo sigue sabiendo que el amor es el origen de los pueblos del océano: *¿qué imposibilidad, ni aun qué inverosimilitud hay en que el amor loco de un hombre, y una mujer, a quienes era imposible lograr en la tierra el apetecido consorcio, los impeliese a procurarse perpetua compañía en la libre República de los peces?* (*Teatro*, VI, VIII, 56).

Por tanto, también las sirenas, con sus colas de pescado, no serían sino fruto del concubito de los hombres con los peces, puesto que Feijoo creyó siempre en la fecundidad del ayuntamiento del hombre con otras bestias. Para Torquemada, esto mismo resulta inconcebible, pues contraviene todo lo expuesto por médicos y filósofos (*Jardín*, I, 154); aún así, recoge la leyenda del linaje gallego de los Mariños, cuyo primer vástago fue engendrado por una muchacha, tras haber sido forzada por un hombre marino. Versiones posteriores domestican la leyenda, siendo un caballero quien atrapa y desposa a la sirena.

Sin embargo, en la leyenda original late la fuerza fálica y viril de lo salvaje. Porque todo monstruo habita allende los muros y los claustros, en los bosques y cavernas, con su madre furia y su hermana la tormenta. Desnudos de cultura y de grilletes, los monstruos fornican con el viento y toman para sí cuantas féminas atrapan. Feijoo, Mexía y Torquemada copian de Alejandro la historia de un hombre marino que solía acechar a las muchachas cuando éstas iban a la fuente. Según Torquemada, *cuando veía alguna ir sola, salía muy paso y escondido, y por detrás se abrazaba con ella, y llevándola por fuerza, la metía en la mar para tener acceso a ella* (*Jardín*, I, 147). Pero atrapado a través de lazos y acechanzas, el libidinoso tritón acabaría pereciendo a los pocos días fuera del agua.

Porque el Océano es deseo del tritón, pero también nostalgia de la sirena, añoranza de la nereida en su fuente de piedra. Y es tanta la melancolía del océano que, incluso aquellos rescatados de las olas, acaban regresando aun a sabiendas del castigo que les espera. Tras diez años en tierra, también el anfibio lierganés acabará desapareciendo, acaso para reunirse con los delfines y nereidas que en su infancia le llevarán a torres y palacios sumergidos, a insulas extrañas y costas imaginarias.

Algunos cuentos de sirenas comienzan lejos del océano, pero todos cuentan historias de amor y melancolía. Ésta empieza en Samos, donde las nereidas susurran los secretos de las olas a un muchacho que ya nunca aprenderá a nadar, que ya nunca tendrá delfines o nereidas que le lleven mar adentro. Cuenta Pedro Mexía que el delfín mató por accidente a su amado muchacho y que entonces *dio la vuelta hacia la tierra y, como castigándose de su delito, nadando con grande furor, dio consigo en seco fuera del agua y, trayendo lo mejor que pudo el moço que amava, muerto, murió él allí también.* (*Silva*, III, XIV). En algún lugar de aquella misma playa, quedaron también varados los sueños del pequeño Feijoo; sólo el hechizo de la sirena pudo, por un tiempo, volver a despertarlos.

BIBLIOGRAFÍA SUMERGIDA

- G. ALLEGRA, 'Introducción bibliográfica y crítica', en A. TORQUEMADA, *Jardín de flores curiosas*, Castalia, Madrid, 1982.
- J. CALLEJO, *Hadas. Guía de los seres mágicos de España*, Edaf, Madrid, 1995.
- J. CARO BAROJA, *Algunos mitos españoles*, Ediciones del Centro, Madrid, 1974.
- J. CARO BAROJA, 'Localización, personificación y personalización de las leyendas', en *Gaceta de Antropología*, 7, Granada, 1990.
- B. J. FEIJOO, *Obras completas*, <http://www.filosofia.org/bjf.htm>.
- G. GIL, *Formas de proyección y representación del conocimiento en los Siglos de Oro*, 2001. En <http://www.lacavernadeplaton.com/articulosbis/gonzaprod1.PDF>.
- G. MARAÑÓN, *Las ideas biológicas del P. Feijoo*, Espasa-Calpe, Madrid, 1941.
- P. MEXÍA, *Silva de varia lección*, ed. de A. Castro Díaz Catedra, Madrid, 2 Vols.
- J. y T. DE ORGA, *Noticia del Phoca, becerro marino, que salió en la playa de la villa de Cullera*, Valencia, 1782.
- J. A. PÉREZ-RIOJA, *Proyección y actualidad de Feijoo*, Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1965.
- PLINIO EL VIEJO, *Historia natural, Libros VII-XI*, Gredos, Madrid, 2003.
- G. STIFFONI, 'Introducción biográfica y crítica al *Teatro crítico universal*', en B. J. FEIJOO, *Teatro crítico universal*, Castalia, Madrid, 1986.
- A. TORQUEMADA, *Jardín de flores curiosas*, Bibliomanías, San Sebastián, 2000.
- VV. AA, *El P. Feijoo y su siglo. Ponencias y comunicaciones del simposio*, 2 Vols., Universidad de Oviedo, Oviedo, 1966.